

# Alberto Rubio junto al mar

De nuestro lector César Díaz—Muñoz Cormatches.

“Me he reservado estos largos tres días de descanso para leer, junto al mar, los “Trances”, del poeta Alberto Rubio, recién publicados por la Colección Contemporáneos de la Editorial Universitaria.

Hasta donde el pasmo o maravilla que se apodera del lector, como ante una obra musical, permiten reflexionar, uno —ante la perfección del oficio— se acuerda de la anécdota del pintor excelente que se quejaba ante un poeta de no poder escribir poesías, “aunque no me faltan ideas”, a lo que su interlocutor contesta “no es con ideas, sino con palabras, con lo que se escribe la poesía...”

¿Solamente palabras, musical y matemáticamente dispuestas?

“Tañe lejos el sol, vuela sonido/ bruñidor, silencioso de mañana/ silencioso golpea a mi ventana,/ me susurra esplendores al oído”. (“Oidor”, página 11).

Y aun, no obstante la línea temática explícita, la pregunta sigue quemante y urgidora en la página 59, entrándose en “Donante”:

“Traje mío, agonizas prematuro:/ flamante azul al tiento se me escapa./ Gris nocturno surgido en la solapa/ cubre avanzando todo el lienzo oscuro./ Nidal abandonado por apuro,/ calco del cuerpo, réplica del mapa/ de mi persona cuando más se tapa,/ ¿morir de puro ingrato el inmaduro?/ Abren ahora —rojo— los faldones/ par dorados de lustros: una herida./ La dará a mi primo rey cabida./ ¡Súmelo en majestuosos pantalones!/ A él te regalo con hilacha y todo,/ gastada la rodilla, roto el codo”.

Como al leer la prosa de los “Recados” de Gabriela Mistral no podemos dejar de evocar a Santa Teresa, después de leer y releer el soneto precedente, aunque quisiéramos evitarlo, no podemos dejar, sin menoscabo alguno del paladeo, invocar a Quevedo, según apunta acertadamente el editorialista.

¿Solamente ciencia de palabras?, nos preguntábamos aun al llegar a la página 69. “Padre”, de ahí adelante, desmiente tajantemente el acerto. Desde el subsuelo vigoroso y germinativo de un sentimiento entrañable y exclusivo, la poesía de estos trances nos arrastra y nos conmueve; sus versos agitan el ritmo de nuestro propio corazón; experimentamos un íntimo temblor, y la poesía, toda la poesía auténtica, nos aparece súbitamente, con la realidad irredargüible de los hechos, más allá de un ejercicio ático de ritmos y palabras, como el producto del humano quehacer de entregar y entregarse de liberación y encadenamiento, de aprisionar lo fugitivo y vencer —con propio desgarramiento— el tiempo veleidoso y tenaz.

Caso curioso, acaso único, el de Alberto Rubio en nuestra historia literaria. Hace ya largos años entregó un pequeño libro de rara perfección, “La Greda Vasija”. Desde entonces prácticamente guarda un silencio absoluto. Y, sin embargo, no se olvida. Por el contrario, lo encontramos en todas las reseñas sobre nuestra poesía y sus “Señoriales Señoritas”, “La Abuela”, etc., aparecen en sucesivas antologías fielmente.

Hoy nos entrega estos trances, regalo de poesía acabada, solitaria o aislada de las preocupaciones estructuralistas que parecen predominar actualmente, fuerte y propia, que mira, con rigores de disciplina, sólo hacia sí misma, hacia sus propios imperativos de autenticidad y perfección, que alcanza de manera cabal y que, por ello, seguirá presente, venciendo el olvido y los entusiasmos frágiles de las modas literarias”.